

VICENTE PALERMO: *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007, 480 págs.

*Sal en las heridas* es un notable ejemplo de la denuncia, por parte de un intelectual público, de una mentira, de un autoengaño colectivo, de una leyenda inventada para hacernos más interesantes y mejores a nosotros mismos. Leyendo esta obra, muchos lectores recordarán el famoso episodio de la vida de Émile Zola y quizás la clásica obra de teatro de Henrik Ibsen. Con todo, es importante reconocer que la obra de Palermo no se agota en el gesto valiente y digno de salir a cuestionar las falacias y el carácter autodestructivo de esa curiosa obsesión argentina, la «causa Malvinas».

---

(6) «Accountability for International Crime and Serious Violations of Fundamental Human Rights: searching for peace and achieving justice: the need for accountability», *Law and Contemporary Problems* 59, 1996, pág. 19.

La obra de Palermo constituye, además, un análisis detallado y profundo de la formación histórica y la operación contemporánea de un tipo de nacionalismo «territorialista», que se extiende en Argentina mucho más allá de los movimientos o partidos políticos que se declaran nacionalistas en el sentido convencional. Se trata, por el contrario, de una ideología o «configuración discursiva» que cuenta con la activa adhesión de una amplia mayoría de los actores políticos en el país. La causa Malvinas, la suma de apelaciones a la identidad nacional en torno a la reivindicación de esas islas como parte del territorio, representa un punto focal del nacionalismo territorialista. Sin haber sido el único factor que llevó a la guerra contra Gran Bretaña en 1982, la causa Malvinas fue determinante para que se produjera un amplio apoyo por parte de actores políticos y medios de comunicación, con muy pocas y honorosas excepciones, a la decisión criminal de invadir las islas tomada por la dictadura militar. Era evidente para todos que la dictadura buscaba, mediante la guerra, salir de la situación de desprestigio y aislamiento político en que se encontraba. Pero la amplia adhesión de las élites políticas y culturales al nacionalismo territorialista fue un factor de peso para que la dictadura se decidiera a dar ese golpe de mano.

El nacionalismo territorialista identifica la patria con el territorio y se asienta, además, en el mito de que el país habría sido despojado de espacios geográficos que alguna vez le pertenecieron o deberían haberle pertenecido por «sucesión» de la corona española. La repetida alusión a supuestas pérdidas de territorio le imprime al nacionalismo territorialista un carácter «victimista», es decir, se proclama al país como reiterada y paciente víctima de agresiones y conspiraciones extranjeras, de modo que esta larga paciencia justifica, por fin, un gesto terminante de reivindicación. El «victimismo» contiene así una latente beligerancia que lo hace muy peligroso. Por años trivializada como la acción torpe de un dictador militar alcohólico, la guerra debe reconocerse en cambio como una consecuencia del amplio consenso en torno a cierta manera de construir la identidad nacional en la Argentina. Este consenso nunca o casi nunca ha sido sometido a debate público, está basado en certezas que no se ponen en discusión.

Luego de la derrota militar y la caída de la dictadura, se produce una paradoja. La relación entre la causa Malvinas y la guerra es «borrada» de la memoria colectiva. No se aprovecha la oportunidad, creada por la derrota y la transición democrática, para revisar en debate público el nacionalismo e interrogarse por los factores que habían llevado a los argentinos a un extravío tan descomunal. Por el contrario, tanto el gobierno como la oposición y otros actores, sean medios de comunicación, intelectuales o instituciones de prestigio cultural, se escudaron en la lectura victimista con que la guerra fue

interpretada y trivializada. Este victimismo se dirigía contra Gran Bretaña, contra los Estados Unidos y sobre todo contra los «generales aventureros», a los que se quería atribuir la responsabilidad exclusiva por todo lo que había pasado. Así las cosas, se pudo seguir invocando en el frente interno e internacional la causa Malvinas y la concepción territorial de la Nación, como si estas ideas no hubieran ya probado ser capaces de llevar al país a la catástrofe.

La enorme oportunidad perdida es una segunda herida, luego de la herida misma de la guerra. Respecto a ambas heridas emplea Palermo la dolorosa medicina mencionada en el título de la obra, como por ejemplo cuando dice: «Malvinas fue sin dudas una catástrofe moral y esa catástrofe no fue tomada como un punto de referencia para la refundación constitucional [...] una estocada en profundidad a la *causa Malvinas* podría haber contribuido: a desplazar el anclaje de la democracia desde las nociones de nacionalismo y territorialismo a las de patriotismo republicano [...]» (pág. 285). Una oportunidad, en síntesis, que las fuerzas políticas democráticas, particularmente el primer gobierno posterior a la transición, dejaron pasar por alto y que ha venido a convertirse en una pesada carga posterior. Pues, como resultado de la oportunidad perdida, el nacionalismo territorialista y su causa Malvinas siguen teniendo fuerte influencia, lo que implica más irracionalidad autodestructiva en la política exterior y serias dificultades para consolidar una identidad política cívico-republicana, que reemplace a la identidad nacionalista construida por el territorialismo (sobre esta contraposición volveremos).

Bajo el signo de su tesis sobre el papel decisivo que tuvo en los acontecimientos que llevaron a la catástrofe de la guerra, Palermo desarrolla el estudio tanto conceptual como histórico de la ideología o construcción discursiva del nacionalismo territorialista argentino, a partir del siglo XIX. El autor plantea un paralelo y contraposición entre los antecedentes históricos y el momento de la guerra, durante el cual se ponen de manifiesto algunos de los aspectos más nefastos de dicha ideología. En retrospectiva, la guerra permite ver al nacionalismo territorialista de manera más exacta, como una construcción intelectual que, detrás de sus proclamas de grandeza, fue rencorosa y autodestructiva desde el principio. Ahora bien, es importante aclarar que la presentación de este estudio se mantiene dentro del estilo elegido por el autor, que podemos definir como propio del ensayo sobre temas públicos. A este género pertenecen obras que evitan, con toda deliberación, desplegar la suma del aparato metodológico y de los recursos de erudición de la obra académica o científica en el sentido tradicional. Pero el ensayo sobre temas públicos no solamente constituye un aporte fundamental al debate democrático en un país, al contener ideas y propuestas que permiten ver de manera distin-

ta los problemas de fondo, sino que de estos ensayos provienen muchas de las hipótesis y enfoques más productivos para la producción específica de las ciencias sociales, en su sentido académico. En la tradición argentina del ensayo sobre temas públicos se cuentan clásicos del siglo XIX como *El Dogma Socialista*, de Esteban Echeverría, o *Facundo*, de Domingo Sarmiento, que tuvieron un papel fundacional y orientador para el desarrollo de las ciencias sociales en el país, a las que aportaron ideas y técnicas de argumentación que constituyeron parte de su aparato intelectual por muchas décadas. En épocas recientes, entre los autores que han contribuido de manera notable al ensayo sobre temas públicos, en Argentina, se encuentran el historiador Tulio Halperín Donghi y el politólogo Guillermo O'Donnell, quienes son también dos de los científicos sociales más reconocidos y prestigiosos en su país y en el extranjero. El ensayo sobre temas públicos representa, en síntesis, uno de los aportes más relevantes de la ciencia política, en cualquier sentido que consideremos los posibles aportes de una disciplina científica, sea a la vida pública o a su propio desarrollo. Es una pérdida lamentable que dicho género de ensayo no sea practicado de manera más asidua por los expertos, hoy en día, como lo era hasta hace pocos años. En cualquier caso, la contribución de Palermo se sitúa con solvencia a la altura de los antecedentes clásicos y contemporáneos arriba mencionados.

Palermo cierra su trabajo con un análisis de la política contemporánea argentina y de las posibilidades de acción del liderazgo democrático, con el fin de mostrar que el «nacionalismo malvinero», el nacionalismo territorialista y victimista que tiene como obsesión a las islas Malvinas, no constituye un factor de opinión inamovible a nivel social. Diversas encuestas de opinión, aunque fragmentarias y muchas veces de metodología poco transparente, sugieren, por el contrario, que la cuestión es de relevancia secundaria para una amplia mayoría de ciudadanos. El liderazgo político tiene un amplio margen de maniobra para orientar las preferencias. Así por ejemplo, cuando el gobierno proponía en 1997 avanzar hacia una soberanía compartida con Gran Bretaña, un 54 por 100 de los entrevistados apoyaba la idea. Cuando el gobierno vuelve, a partir de 2002-2003, a posiciones más reivindicativas y territorialistas, las preferencias por una soberanía compartida disminuyen hasta el 33 por 100 (pág. 381). Los datos y el análisis de Palermo refutan la extendida creencia relativa a que existe una «pasión popular» concentrada en las Malvinas y que, por este motivo, los líderes políticos no tienen otro remedio que sostener el estéril ritualismo de la causa. Dicho ritualismo consiste en la reiteración de altisonantes denuncias e incluso, en ocasiones, amenazas veladas a Gran Bretaña, que procuran un beneficio nulo para el objetivo que dicen perseguir, la recuperación de las

islas, pero prejuicios muy tangibles para la posición argentina en el escenario internacional.

Finalmente, la obra incluye un epílogo en que el autor presenta los elementos básicos de una concepción *republicana* de la ciudadanía, que pudiera permitir, en Argentina, el desarrollo de una identidad política ligada antes a las libertades y derechos fundamentales, que a un mítico territorio cuya integridad se ha perdido por conspiraciones extranjeras. La concepción de Palermo se orienta hacia el patriotismo republicano, que tuvo importantes antecedentes en el siglo XIX en el país, pero que fue rápidamente clausurado por la élite liberal gobernante a fines de dicho siglo, frente a la «amenaza» de la inmigración masiva proveniente de Europa. La élite liberal se propuso desarrollar una concepción de la identidad nacional monolítica e integral, culturalmente homogénea y separada del ejercicio de la participación democrática, que no estaba prevista para los inmigrantes. Así surge el nacionalismo territorialista, que los movimientos de masas del siglo XX, radicalismo y peronismo, heredan y tienen hasta hoy por uno de sus principios más venerados. La obra de Palermo se propone lograr que esa forma de nacionalismo deje de constituir el sentido común de los argentinos y quede expuesta a la discusión. Tanto para la vida pública de su país como para el debate teórico sobre la ciudadanía y el Estado, el autor ha creado así una contribución esencial.

*Agustín Ferraro*